

Epistemología

Disciplina filosófica que estudia las condiciones del conocimiento científico. *Episteme* significa, en griego, ciencia, y *logos* significa tratado o estudio.

Ética: saber teórico y práctico: reflexión sistemática sobre el ser del hombre para actuar conforme al bien, a la vida buena.

Los valores son ideales por cumplir: libertad, autonomía, igualdad, justicia, tolerancia, solidaridad. La virtud es la práctica concreta de estos valores tendente a realizarlos con excelencia.

segundas sí. Al primer grupo pertenecen la filosofía natural, la **epistemología**, la ontología del hombre, mientras que al segundo la ética, la filosofía política y la estética.

1.1.1 La ética como disciplina filosófica

La ética, en tanto que forma parte de la filosofía, es un saber reflexivo y sistemático que implica un constante asombrarse y preguntar por el ser del hombre, buscando dar razón de éste y de todo lo referente al universo de los valores. A la vez, la filosofía busca propiciar en el individuo el descubrimiento de su propia libertad, a fin de que se conduzca conforme a una clara distinción entre lo que tiene valor y lo que carece de él y pueda actuar conforme al bien, de acuerdo a la *vida buena*.

Los principales problemas de la reflexión ética son: ¿cuál es el ser del hombre?, ¿qué es la libertad?, ¿cuál es la relación entre la ética y el ser del hombre?, ¿qué conviene a éste, cuál es su “bien” y su “mal”?, ¿en qué consisten los valores y los antivaleores?, ¿qué son las virtudes?, ¿cómo se relacionan el individuo y la comunidad?, ¿cómo dirigir la vida en común?, y ¿qué responsabilidades tiene el hombre con la naturaleza y con su propio cuerpo? Además, el desarrollo actual de la tecnología y las transformaciones que ésta ha traído en el ambiente así como en las formas humanas de nacer y morir, obligan a la ética a reflexionar no sólo sobre las responsabilidades del hombre con la naturaleza, sino también con las generaciones posteriores, así como sobre los problemas de la ciencia y la tecnología.

Ética, valores y virtudes

La reflexión ética busca orientar al hombre en aquello que le permite actuar “mejor”, es decir, conforme al bien. Para alcanzarlo, el ser humano ha precisado diversos *criterios generales del bien* que lo han guiado a lo largo de la historia y aún en el presente. Estos criterios son los *valores* que la humanidad ha perseguido y que han guiado muchas de sus luchas y revoluciones: la libertad, la autonomía, la igualdad, la justicia, la tolerancia, la solidaridad, el amor a los otros y a sí mismo, la valentía o la paz. Los valores son ideales a cumplir, siempre están más allá de las situaciones concretas; nunca podemos decir que hemos realizado la justicia o la paz total, en ese caso viviríamos en un mundo perfecto, lo cual no ocurre.

Nuestra realidad es imperfecta, porque nosotros mismos lo somos y por ello tenemos que hacer un esfuerzo permanente por acercarnos a los valores e intentar hacerlos reales.

La realización concreta de estos valores y su práctica continuada es lo que se llama *virtud*. Valores y virtudes son lo mismo, son los nombres de aquello que los humanos creemos que nos hace mejores y en los que hemos cifrado nuestro “bien”. El valor expresa el ideal regulador que queremos alcanzar, mientras que la virtud expresa la incorporación del valor a los propios actos, el esfuerzo por darles realidad concreta en la propia persona y en la sociedad. La palabra virtud viene del latín *virtus* y significa *excelencia*: la realización suprema del “bien”. Así, un hombre o una mujer virtuosos, son quienes buscan ser hombre o mujer de la mejor forma posible.

Ética, moral y códigos morales. Caracterización histórica y cultural de la moral

En nuestra acción no sólo nos guían esos criterios básicos de valor, sino también otro tipo de valores y normas más específicas que conforman la moral concreta de una sociedad, de una época o de un determinado grupo de personas. El individuo siempre se encuentra inmerso en una comunidad y ésta actualiza y da contenido concreto a los valores básicos, además de que añade otros complementarios y secundarios. Ca-

da sociedad tiene su propia moral. Las morales, por lo tanto, son diversas, particulares y contienen algunas diferencias entre ellas. Es posible hablar así, de una moral mexicana tradicional y otra actual, y dentro de éstas existen muchas otras, una para cada pueblo indígena, otra para quienes viven en provincia y otra para los capitalinos. Desde luego, ocurre lo mismo con los diferentes grupos que ocupan el continente europeo, el africano o el asiático. Esto significa que las morales son históricas, que cambian a través del tiempo y en los distintos lugares.

Por otro lado, las morales, pueden plasmarse en forma escrita o transmitirse de generación en generación, ya sea de manera explícita y verbal o de forma implícita, mediante las costumbres, los hábitos, los ritos y los estilos impuestos por las necesidades y novedades del presente.

Cuando las normas éticas se dan por escrito se plasman en los códigos morales. Entre los más importantes de la antigüedad están: el Código de Hammurabi, formulado por el pueblo babilonio; los Diez mandamientos o la Tabla de Moisés, formulado por el pueblo judío y el código de Manú, escrito por los sumerios. En la actualidad, el código moral más importante con que cuenta gran parte de la humanidad está constituido por *la declaración universal de los derechos del hombre* —que ustedes ya tuvieron oportunidad de conocer— formulada por la ONU en 1948. Esta declaración tiene una importancia especial porque no se reduce al sentir y pensar de un pueblo particular, sino que expresa y defiende precisamente los valores generales de la humanidad.

1.1.2 Carácter histórico de la ética

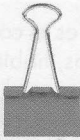
En tanto la ética es una disciplina teórico-práctica, su carácter histórico ha de comprenderse desde un doble punto de vista. Por un lado, así como en el desarrollo temporal de la filosofía, los pensadores dialogan entre sí, lo mismo ocurre —desde luego— entre los filósofos de la ética. En este diálogo histórico encontramos, de los griegos a Kant, una reflexión sistemática sobre el bien o la “vida buena” de acuerdo a una cierta idea del hombre y la libertad, una reflexión sobre la virtud, los valores y el deber, entre otros. Pero en filósofos posteriores a Kant, como son Marx, Nietzsche, Freud, Foucault, encontramos una crisis de la ética. A partir de la segunda mitad del siglo XIX hubo una pérdida de confianza en los valores tradicionales, ocasionada principalmente por la atención que el hombre prestó a la vida en esta tierra y se olvidó del más allá. En la tradición ética, los filósofos nos hablan de cómo vivir en esta vida, sin embargo, la garantía última de la idea del bien residía en un ser perfecto ubicado en el más allá, en el mundo trascendente. Para Platón el bien es, a fin de cuentas, una idea que reside en el *topos uranos* (lugar celeste); para Aristóteles el bien supremo se conquista con la contemplación del “motor inmóvil” o Dios. Para Spinoza, la sabiduría y la felicidad se conquistan cuando se comprende el mundo según la eternidad de Dios que desde siempre ha sido y por siempre será el principio del bien. Para Kant, hemos de cumplir con el deber sólo porque éste se hace presente ante nuestra razón, es decir, porque lo comprendemos y lo asumimos de manera autónoma, sin que ninguna otra autoridad nos lo imponga; finalmente, esta asunción sólo tiene sentido porque cabe suponer que existe un ser supremo, un Dios al cual le importa que nos portemos bien.

Después de Kant se acaba esa confianza en Dios como garantía última del bien y como fuente de inspiración de la vida buena. En todos los ámbitos el ser humano comienza a confiar más en sus propias fuerzas terrenales y a buscar en este mundo el criterio fundamental de sus actos. Sin embargo, esto no se encuentra fácilmente y parece que al “no haber Dios todo está permitido”, como afirmó el escritor Dostoyevski en la primera mitad del siglo XX. Desde entonces, la ética busca el bien en la afirmación de las fuerzas humanas: el ejercicio racional de la libertad, el cuerpo, la alegría

La moral es el conjunto de normas, hábitos o costumbres, códigos que rigen a una sociedad determinada.



El código de Hammurabi guió al pueblo babilonio por muchos siglos.



Inmanente

Lo que se da en el interior de uno mismo y no recurre a algo ajeno o trascendente.

de vivir, el lenguaje y la comunicación interhumana. La ética, en nuestros días no puede más que ser **inmanente**: pensar al hombre desde su mundo terrenal y buscar el “bien”, la humanización y la felicidad, en este mundo.

Por otro lado, la historia de la ética también está conformada por la historia de las morales. La ética no sólo está en los libros, ella forma parte de la vida. En la vida concreta y real donde los hombres se esfuerzan por conquistar el bien. Los filósofos sintetizan y perfeccionan las ideas predominantes en una cierta época, pero no tendrían importancia o repercusión alguna, si hubiera una brecha entre la realidad y la teoría. La historia de la ética está hecha también de los actos que efectivamente realizan los seres humanos. Somos hombres y mujeres de carne y hueso quienes damos realidad a las transformaciones éticas en el tiempo. Y en los actos reales influyen tanto nuestra búsqueda de realización como seres humanos, es decir nuestra búsqueda del bien, el deber, y los valores supremos, como la atención a lo que indica la moral en la que vivimos: las normas, hábitos, costumbres y códigos de una sociedad.

En la historia de la ética cabe distinguir tres niveles: el del diálogo entre los filósofos, el de la vida real en la que aspiramos a los valores superiores y el de la vida real en que atendemos a lo señalado por una moral específica.

1.2 ÉTICA COMO TEORÍA SOBRE LA MORAL Y COMO MORAL FILOSÓFICA

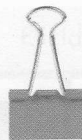
Finalmente, podemos concluir que la ética es filosofía acerca de la moral, sobre todo lo que atañe al universo de los valores y las normas, ya sean básicos o secundarios, y que se den como ideales por cumplir, como deseo y reflexión interna del individuo, como costumbres llevadas a la práctica o como códigos escritos. En todos estos casos se trata de ir a la raíz de los fenómenos preguntándonos ¿por qué elaboramos normas?, ¿qué tanto estamos obligados a cumplir con éstas?, ¿cómo explicar el que algunas veces no queramos cumplir con las normas?, ¿en qué nos beneficia tal cumplimiento? Asimismo, se trata de responder a los problemas que hemos señalado como los centrales para la ética.

Pero a la vez, la reflexión ética implica una guía para vivir de acuerdo con ciertas normas, fundadas en criterios filosóficos y que permitan al individuo reflexionar sobre tales normas. Esto significa que toda teoría ética, además de plantearse los problemas teóricos antes descritos, posee una dimensión práctica: propone una cierta forma de acción. Por ejemplo, resulta inevitable desprender de la ética teórica de Aristóteles la conclusión de que hemos de encaminar nuestra vida a la felicidad: a la realización de nuestro propio ser en toda su plenitud. Asimismo, al leer a Kant, nos sentimos invitados a cumplir con el “deber”. En estos casos se trata de una moral distinta a la meramente impuesta por la sociedad, pues estas guías de acción se le proponen al individuo para que las reflexione y las asuma de manera consciente, no de manera impuesta. Una es la moral social, que se puede cumplir de manera ciega y mecanizada, y otra es la moral filosófica, la cual se asume desde la propia conciencia, el propio criterio y conociendo sus fundamentos filosóficos.

La ética es *a)* una filosofía moral: estudio del fenómeno moral en general y también, *b)* una moral filosófica: propone normas fundadas en teorías y criterios filosóficos.

1.2.1 La eticidad como condición esencial del ser humano

Con la palabra “eticidad”, la filosofía designa aquello que, en el fondo, hace posible la vida y la teoría ética, así como las morales y todo lo referente al universo de los valores y que consiste en la condición libre o indeterminada del ser humano.



Indeterminado

Que no está programado para ser de una forma sino que puede ser de varias.

Ambiguo

Que incluye dos características o dos aspectos contradictorios pero íntimamente relacionados.

Para la filosofía, el ser del hombre, aquello que lo distingue de todos los otros seres, es su *libertad ontológica*, constitutiva o radical. Generalmente hablamos de diferentes tipos de la libertad: de elección (cuando hemos de decidir entre opciones), de opinión y de movimiento, entre otros. Pero en la raíz de todo esto advertimos que las modalidades de la libertad son posibles porque nuestro propio ser es libre o **indeterminado**. Podemos elegir entre alternativas porque, ante todo, debemos elegir qué vamos a hacer con nuestra propia condición de seres humanos.

Mientras todos los otros seres del universo tienen un ser determinado por completo, el humano nace indeterminado, nace con la posibilidad de hacerse más humano: desarrollar sus potencias, crecer hacia el bien, o hacerse menos humano: descuidar sus potencias, abandonar su crecimiento. El hombre se humaniza o se deshumaniza a lo largo de su existencia. Hay seres humanos mejores y otros peores. Esto se debe precisamente a que nuestro ser es indeterminado o libre. Esta libertad radical, que está en nuestra estructura misma, es lo que se llama *eticidad* y nos permite valorar las opciones distintas, *preferir*.

Ahora bien, en tanto indeterminados, somos **ambiguos** y contradictorios. Si podemos llegar a ser racionales es porque de alguna manera ya lo somos, pues lo que llega a ser supone un antecedente, pero a la vez, no somos completamente racionales desde el inicio, ya que entonces no se trataría de una potencia sino de una característica fijada por la naturaleza. Lo que es posible puede darse o puede no darse, de suerte que trae consigo a su contrario. Si existe la posibilidad de que cierto día caiga una tormenta de lluvia, es porque también es posible que no caiga.

Así, en cuanto a nuestro ser, hemos de advertir que somos racionales e irracionales, individuales y comunitarios, capaces de amor y de odio, de alegría y tristeza. Y debido a que llevamos los contrarios en nosotros, valoramos, diferenciamos, establecemos preferencias, otorgamos a las distintas situaciones una cualidad, establecemos el "bien" y el "mal". La valoración proviene de la condición contradictoria del hombre, esta última es el fundamento que hace posible todos los valores que creamos. De tal forma que en la raíz de todas las éticas, de todos los ideales y valoraciones existe un hecho, que recibe el nombre de *eticidad*, y que consiste en la capacidad propia de la naturaleza humana de preferir, de no ser indiferente. Cualquier ética y cualquier moral se fundan en la eticidad constitutiva del ser humano, es decir, se fundan en la "no indiferencia". Y aunque una persona pueda desconfiar de las distintas morales de las diferentes sociedades o pueda sentir que no le satisfacen, en el fondo tiene que establecer un sistema de preferencias en su vida. No podemos vivir sin valorar.

Por otro lado, la eticidad implica también la proyección y transformación del hombre. En tanto éste es indeterminado, su ser no está acabado o completo, no tiene una esencia fija y repetitiva, sino que es insuficiente o carente. El hombre tiene que completar su ser con sus actos y, por lo mismo, es susceptible de adquirir novedades y de transformarse. Puesto que nuestras potencias son ambiguas, para realizarlas tenemos que colocarlas por encima de nosotros, tenemos que proyectarlas como un ideal a alcanzar. El ser del hombre es posible no sólo en el sentido de que puede ser o no ser, sino también en el sentido de apertura y proyección de algo que no parece ser real pero se quiere lograr.

De este modo, con los proyectos e ideales, el hombre ha podido generar a lo largo de su historia características novedosas en las potencias que le ha dado la naturaleza. Los griegos ejercieron la racionalidad de una forma muy distinta a como lo hicieron los renacentistas y a como lo hacemos hoy en día. Las formas de amar también cambian en las distintas épocas, y lo mismo ocurre con el sentido artístico. Las grandes revoluciones musicales, así como las pictóricas, arquitectónicas, etc., han generado en nosotros la capacidad de escuchar nuevos sonidos, de ver nuevas formas y colores, de apreciar la belleza y la armonía desde distintas perspectivas. Por ejemplo, el impresionismo cambia nuestra manera de ver los paisajes y de percibir la creación artística, nuestra visión se ha enriquecido con él. La humanidad se transforma

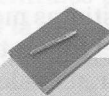
a sí misma y transforma el mundo con sus creaciones culturales. A la naturaleza, el hombre añade la cultura, la cual se incorpora a él, como una “segunda naturaleza”.

En el orden individual, la naturaleza nos da ciertas inclinaciones para comportarnos de determinada manera, nos dota de un temperamento. Pero cada ser humano puede transformar éste y construirse un carácter (*charakter* significa en griego “marca” o “sello distintivo”), que se relaciona con otra palabra griega: *ethos*, que es la raíz etimológica de donde viene ética. *Charakter* se usaba, en un principio, para designar el dibujo que los guerreros llevaban grabado en su escudo y que era un diseño único para cada individuo. Pero, a partir de Heráclito, el carácter es el sello propio que cada hombre da a su vida, es el modo de ser que nos caracteriza y que nosotros diseñamos, no sobre el metal que forma la base del escudo de los guerreros, sino sobre la personalidad que nos da temperamento y que hemos de conducir.

En realidad, el carácter proviene de la decisión que tomamos frente a esta manera natural de ser. Por ejemplo, ante las situaciones conflictivas, algunas personas tienden a deprimirse, otras a enojarse y buscar culpables, otras tienden a negar los hechos y evadir la situación. Si creemos que sólo podemos actuar de acuerdo con estas reacciones naturales, entonces no formamos un carácter, pero si nos preguntamos ¿cómo queremos ser?, nos crearemos una verdadera personalidad, puesto que nuestra forma de actuar será el resultado de la reflexión, el discernimiento y la opción libre. El temperamento no es libre, es precisamente una de las determinaciones o limitaciones con que contamos en la existencia, pero sobre él podemos construirnos una “segunda naturaleza” una forma de ser que sea producto de la elección, que responda a lo que queremos, a nuestros ideales y valores, y no sólo a lo que nos tocó al nacer. El carácter, en fin, nos da un “rostro propio”, una definición existencial que proviene de nuestro proyecto de vida.

En síntesis, en tanto el ser del hombre es indeterminado y posee contrastes, tiende a establecer diferencias, a preferir, a transformar y proyectar su ser en nuevas potencias y características que enriquezcan su naturaleza inmediata con las creaciones culturales y con la adquisición de un carácter o *ethos*.

La eticidad es la indeterminación básica que nos hace preferir y transformarnos. Ella conforma el ser mismo del hombre, no podemos prescindir de ella ni ignorar su presencia.



Bibliografía

- González, Juliana, *El poder de eros*, México, Paidós/UNAM, 2000. cap. I.
- ———, *Ética y libertad*, México, UNAM, 1986. Introducción y cap. I.
- Jaspers, Karl, *La filosofía*, México, FCE, 1970, cap. I y II.
- Nicol, Eduardo, *En la reforma de la filosofía*, México, FCE, 1980, cap. V.
- Platón, *Teeteto*, Buenos Aires, Aguilar, 1974.